



ALBERTO SURIO

Las olas de Donosti me fascinan». La frase es de Ernest Lluch, asesinado el 21 de noviembre de 2000 por ETA en Barcelona, que pasó sus últimos verano y otoño en San Sebastián, ciudad que le cautivaba. Veinte años después, cuatro amigos del exministro que puso en marcha la sanidad pública en España recuerdan esos días.

Una cena bajo el miedo. En aquella cena de la víspera de la Virgen el 14 de agosto, en casa de una concejala socialista de San Sebastián, se mascaba una enorme preocupación. El alcalde Odón Elorza, Lluch y varios compañeros socialistas vieron los fuegos artificiales desde el domicilio de la edil y vislumbraron una columna de humo en el Boulevard. Dos autobuses, atacados por radicales, prendían en llamas. Los escoltas de Elorza acompañaron a Ernest Lluch a su casa, en el Paseo de Salamanca. Los tiempos en los que cenaba relajado en el Panier Fleury o en Nicolasa quedaban ya lejos.

Fue la última vez que Elorza estuvo con Lluch. El reguero de asesinatos en 2000 era terrorífico: Fernando Buesa, en febrero; José Luis López de Lacalle en mayo; Juan Mari Jáuregui en julio; José Luis Korta en agosto y un intento frustrado que dejó herido a José Ramón Recalde en septiembre. Ernest dudó hasta el último momento ir a San Sebastián aquel verano. Había iniciado, sin éxito, algunas gestiones con la gobernadora civil de Barcelona para lograr escolta. Se temía lo peor.

La goleada del Barça. Su último evento en San Sebastián fue el partido de la Real y el Barcelona celebrado el 14 de octubre. Era un culé empedernido, pero «su segundo equipo, y además hacia gala de eso, era la Real», confiesa Elorza, que solía acompañar al exministro a los partidos en Anoeta, aun-

Las últimas olas que fascinaron a Lluch

Veinte años después. Cuatro amigos del exministro en San Sebastián evocan sus visitas en verano y otoño de 2000, ya atenazado por el miedo, antes de su asesinato en Barcelona

que en aquella ocasión no lo hizo. La goleada del Barça (6-0) fue antológica. Pero a él que le gustaba era «ganar al Madrid».

Mazazo en Lisboa. La mañana de su asesinato, hacia las once, Elorza mantuvo una conversación por teléfono con Lluch. Sería la última. El entonces alcalde estaba en Lisboa, en un encuentro sobre la educación para la paz. Elorza y Lluch concertaban una cita próxima en Barcelona para debatir iniciativas en esa dirección. Horas después, mientras cenaba en el barrio alto de la capital portuguesa, Elorza recibía la noticia del atentado junto a una colaboradora municipal. El mazazo fue brutal.

La tasca de Urrestilla. Ramón Etxezarreta, entonces concejal socialista y delegado de Cultura de San Sebastián, recuerda en aquellos días las apariciones de Lluch en el Ayuntamiento medio camuflado, con un gorro y gafas de sol, para pasar desapercibido. «La última vez mis escoltas le acompañaron a casa desde el Paseo de la Concha», evoca. Etxezarreta hace memoria de sus visitas a Urrestilla aquel verano, a comer, con Ernest, al que conoció en los años 80, siendo él concejal de Euskadiko Ezkerra en Azpeitia «cuando, siendo

ministro de Sanidad, inauguró el ambulatorio, se quedó con el personal por su impresionante conocimiento del país...». Hasta se sabía todo de Txillarredgi...».

Etxezarreta cuenta que aquel verano, después del asesinato de Jáuregui, se aconsejó a muchos socialistas poner tierra por medio durante unos días ante el peligro. Y él hizo lo mismo con un viaje a Valencia y a Barcelona. Desde la Ciudad Condal llamó a

Lluch, que le señaló que le daría direcciones de barceloneses dispuestos a acogerle con hospitalidad. Que él estaba en Urrestilla. Se había aficionado a almorzar en una tasca del pueblo. Como se acostumbró a visitar la biblioteca del Santuario de Loiola.

‘Corresponsales académicos’. Aquel verano también almorzó en casa de Jon Arrieta, experto en los derechos históricos, amigo y colaborador. Arrieta, catedrático de His-

Ernest Lluch sentado junto al Palacio Miramar de San Sebastián.
IGNACIO PÉREZ

toria del Derecho de la UPV, y el también catedrático Jesús Astigarrraga eran los ‘corresponsales académicos’ de Lluch en Euskadi, como los llamaba con afecto. Ambos fueron los coordinadores de varios cursos que en el 97 y el 98 organizaron en la Universidad de Verano de San Sebastián tanto Lluch como Miguel Herrero de Miñón, ponente de la Carta Magna, sobre los derechos históricos.

Arrieta piensa en su último paseo. Y rememora sus debates sobre la actual España autonómica, en la que Lluch veía la herencia del ‘austracismo’ que tanto analizó, es decir la corriente que se opuso a la llegada de la dinastía borbónica en la Guerra de Sucesión con un planteamiento más abierto a la pluralidad. Y lo hacía, precisa, con una encendida defensa de la Constitución de 1978 «qué él apoyaba con pasión porque señalaba que era la que tanto nos había costado para unir a vencedores y vencidos», cuenta Arrieta, al que había conocido años antes en Barcelona y con el que hablaba en catalán.

Lluch se había comprado en los años 90 un apartamento junto al Paseo Nuevo. Puso un gran retrvisor de camión junto a la ventana para poder ver reflejado en el espejo las olas del Cantábrico. Su relación con San Sebastián venía de lejos, y aumentó cuando fue rector de la Universidad Menéndez y Pelayo de Santander.

‘Bucle melancólico’. Ignacio Latierra, el librero de Lagun, evoca las mañanas de los sábados en las que Lluch se acercaba a la librería, que en aquel tiempo tuvo que cerrarse en la Parte Vieja ante el acoso violento. En ese momento de tertulia solía coincidir con José Luis López de Lacalle. Uno de los libros a debate fue ‘El bucle melancólico’ de Jon Juaristi, en el que se traza la influencia de las ‘voces ancestrales’ en el nacionalismo irlandés, y por emulación, en el vasco. Rescata la estrecha relación que tuvo el exministro con José Ramón Recalde y con María Teresa Castells. Lluch visitó dos veces el Hipódromo junto a Latierra, veterano aficionado a las carreras de caballos. Tanto podía citarse con Fernando Savater o, como relata Arrieta, recordar sus frecuentes reuniones con Oriol Junqueras. «Más que las ideas, valoraba el talento de las personas», precisa Latierra, que conserva la imagen de su último encuentro con Lluch, junto a Javier Elzo, en un descanso de un concierto de la Quincena Musical en el Kursaal. Él salió de aquel acto apresuradamente, sin esperar a los bises, con la mirada huidiza y un presentimiento premonitorio.

TESTIMONIOS

Odón Elorza
Exalcalde

«Hablé con Ernest por teléfono desde Lisboa la misma mañana del día de su asesinato»



Ramón Etxezarreta
Exconcejal del PSE

«Estaba asustado, la última vez vino medio camuflado al Ayuntamiento»



Jon Arrieta
Catedrático

«Lo recuerdo aquel verano debatiendo con pasión sobre derechos históricos en un paseo»



Ignacio Latierra
Librero de Lagun

«Cuando la librería estaba en lo Viejo, venía muchos sábados por la mañana»

